

TRACE

Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre
Procesos Mexicanos y Centroamericanos



Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

TRACE

TRACE es una revista dedicada a trabajos e investigaciones sobre México y América Central,
publicada semestralmente por el
CENTRO DE ESTUDIOS MEXICANOS Y CENTROAMERICANOS

TRACE est une revue consacrée aux travaux et recherches sur le Mexique et l'Amérique Centrale.
Elle est publiée semestriellement par le
CENTRE D'ÉTUDES MEXICAINES ET CENTRAMÉRICAINES

Río Nazas 43, Cuauhtémoc, 06500, Ciudad de México
Tels. (52-55) 55 66 07 77 ext. 174 y 176

CEMCA en Guatemala: 5a Calle 10-55, zona 13
Finca La Aurora. Ciudad de Guatemala CA., 01013
Tels. (502) 2440-2401. Fax (502) 2440-2401

La revista *TRACE* está incluida en la Clasificación de Revistas Mexicanas de Ciencia y Tecnología del Conacyt, en Scielo México, en la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc), Hispanic American Periodicals (HAPI), en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe y Portugal (Latindex), en Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE), en la Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina (REDIAL) y en la Plataforma de revistas y colecciones de libros en ciencias humanas y sociales Open Edition Journals.

Comité de redacción / Comité de rédaction

Fernando Briones (CCB-INSTAAR. University of Colorado, Boulder), Frédéric Décosse (LEST Institute of Labour Economics and Industrial Sociology UMR 7317, Francia), Eva Lemonnier (Université Paris I-CNRS), Delphine Mercier (Université Aix Marseille-LEST), Guilhem Olivier (IIH-UNAM), Alejandro Pastrana (INAH), Caroline Perrée (CEMCA), David Recondo (CIESAS-Pacífico Sur), Philippe Schaffhauser (El Colmich), Bernard Tallet (CEMCA), Aurelia Valero (UNAM), Arnaud Exbalin (Université Paris Nanterre), Chloé Constant (FLACSO México)

Consejo científico / Conseil scientifique

Bárbara Arroyo (Instituto de Antropología e Historia de Guatemala), Randall Blanco (UCR), John E. Clark (Brigham Young University), Annick Daneels (IIA-UNAM), Marc Edelman (City University of NY), Sajid Alfredo Herrera (UCA El Salvador), Michael Jones-Correa (Cornell University), Alfredo López Austin† (IIA-UNAM), Cecilia Menjivar (Arizona State University), Jean Meyer (CIDE México), Alain Musset (EHESS), Cristina Oehmichen (IIA-UNAM)

Director de la Revista / Directeur de la Revue

Víctor Aurelio Zúñiga González

Responsable de la publicación / Rédaction en chef

Fernanda Núñez redaccion@cemca.org.mx

Edición / Édition

Fernanda Núñez redaccion@cemca.org.mx

Maquetación / Mise en page

Asdriel Téllez maquetacion@cemca.org.mx

Difusión / Diffusion

Alejandro Toral ventas@cemca.org.mx

Esta publicación puede consultarse en la página web:
www.trace.org.mx

ISSN 2007-2392

Presentación / Présentation 5 + 23

SECCIÓN TEMÁTICA

Entre lo comunitario y la escasez: La práctica de la agricultura urbana
en la zona oriente del Valle de México
Silvia Iveth Moreno Gaytán 24 + 47

Relaciones complejas en la agroindustria azucarera mexicana y la agricultura
por contrato en Cuautla, Morelos
Luis Enrique Parral Quintero 48 + 70

Domesticando el territorio: Genealogía de la transferencia tecnológica
del cacao en Talamanca, Costa Rica en el siglo xx
*Alonso Ramírez Cover, Tania Rodríguez Echavarría, Laura Henry
y Sara Blanco Ramírez* 71 + 105

El punto ciego de la propiedad: Género, tierra y despojo en América Latina
Diana Carolina Ojeda Ojeda 106 + 131

Vulnerabilidades rurales a partir del envejecimiento
entre nahuas del sur de Veracruz
Elena Lazos-Chavero y Marcela Jiménez-Moreno 132 + 161

SECCIÓN GENERAL

Patrones de la vegetación y su relación con vestigios arqueológicos asociados al beneficio de cobre en la localidad de Jicalán Viejo, Michoacán
Verónica Osuna-Valléjo, Iriani Ramos Velázquez, Roberto Antonio Lindig-Cisneros, Juan Julio Morales Contreras y José Luis Punzo-Díaz 162 + 180

Validación cualitativa de la escala latinoamericana y caribeña sobre seguridad alimentaria (ELCSA): Caso San Felipe Cuapexco, Puebla
José Luis Carmona Silva 181 + 213

English Imperial Aspirations in the Yucatan and Central America, 1584-1800
María Fernanda Valencia Suárez 214 + 246

Seasonal Cycles, *Veintena* Rituals, and Yearbearer Ceremonies in Central Mexico
Susan Milbrath 247 + 280

RESEÑA

De olfato: Aproximaciones a los olores en la historia de México
Alessandro Lupo 281 + 291

Novedades editoriales
292 + 294

Presentación

Agricultura, alimentación y disputas territoriales: reflexiones iniciales

En los últimos años, distintos autores nos han empujado a pensar en la tierra como mucho más que un recurso de producción o una relación de propiedad. Por ejemplo, la geógrafa canadiense Tania Murray Li (2014) plantea que la respuesta a la pregunta «¿Qué es la tierra?» pasa por analizar la forma particular en que materia, relaciones, prácticas y discursos son ensamblados dentro de contextos concretos. Ensamblajes que, a su vez, cambian a través del tiempo como resultado de las disputas políticas entre distintos grupos. Así, la tierra no es, *per se*, un recurso, una propiedad, o un territorio, sino que es producida como tal. Unos de los contextos donde se nota de manera más clara este proceso de ensamblaje de la tierra son la comida y lo que conocemos como sistemas agroalimentarios.

La construcción de los sistemas agroalimentarios pasa, históricamente, por la gestión de la naturaleza —tierra y agua en primer lugar—, pero también por su manejo a través de la tecnología, el conocimiento, el control de los recursos y las formas simbólicas y rituales. Las ciencias sociales han considerado el espacio como un elemento determinante, desde la perspectiva del medio y de la relación entre las personas y la naturaleza, pasando de una interpretación determinista a otra posibilista, que tomó más en cuenta el potencial de organización y apropiación. Sin embargo, en la última mitad del siglo xx, el concepto de espacio revirtió una dimensión social y política más marcada que permitió poner atención en las relaciones de poder, en los sistemas y en el juego de actores, a través de la interpretación de los procesos de producción del espacio económico y social, en la configuración de distintos territorios.

El concepto de territorio permite enfatizar aún más en el carácter no neutral del espacio geográfico, en las ideas de apropiación, atribución de valor (de uso y de cambio) y representación. El territorio está forjado por relaciones de fuerzas dinámicas, por la presencia de grupos sociales diversos, por lógicas de dominación y explotación (de los recursos tanto naturales como laborales). Un debate epistemológico emerge, entonces, en particular, desde la geografía política, social y cultural, planteando a partir de la década de 1970 la necesidad de entender un conjunto de nuevos procesos —decolonización, disputas fronterizas, transformación del campo o luchas de las clases populares— a través de una mirada espacializada de las relaciones de poder (Lefebvre 1974; Raffestin [1980] 2013; Harvey 1981). Seguirá una preocupación permanente por el carácter situado de los procesos sociales y el papel del espacio en la comprensión del actuar político (Cairo 2013; Dikeç 2012), llevando a un interés creciente por las relaciones de poder territorializadas: «el territorio es todo espacio que tiene el acceso controlado; por lo tanto, desde el momento en que se controla espacial y materialmente el acceso de algún flujo (sea de mercancías, de personas o de capital), se está transformando el espacio en un territorio» (Haesbaert 2013, 18).

En el orden actual, los territorios se rigen como propiedad y espacios de gobernanza, en el marco de políticas de desarrollo neoliberales y de un ordenamiento territorial que promueve la expansión del capital más que la distribución de los recursos. En el sector agrícola, la literatura en ciencias sociales y el discurso de los movimientos sociales de defensa del territorio presentan, muy a menudo, el panorama de dos modelos de desarrollo totalmente opuestos y, por ende, adversarios (Mançano Fernandes 2013). Por un lado, los agronegocios, el *dumping*, la desregulación y la desposesión del régimen alimentario corporativo (McMichael 2005), asociado con los monocultivos, la alta tecnología, los insumos químicos, el trabajo asalariado y la depredación ecológica; por el otro, el modelo de desarrollo campesino, autosuficiente, diverso, de pequeña escala y organizado en torno al trabajo familiar.

El resultado es una tensión entre las tendencias hacia la homogenización del espacio, propia de la lógica de la mercancía y el espacio abstracto del que nos habla Lefebvre, y su diferenciación, como resultado de las luchas de distintos grupos subalternos por producir formas de estar en el mundo distintas a las del capital (Smith 2010). Lo que queda detrás son un conjunto de paisajes marcados, por un lado, por plantaciones monocultivistas, haciendas y plantas agroindustriales organizadas alrededor del trabajo asalariado y la mercantilización de la agricultura; y por el otro lado, por formas de agricultura campesina e indígena, entre otras,

dominadas por la variedad de cultivos, de formas de organización del trabajo y de relación con la naturaleza. Sin embargo, sería un error pensar que estas formas de agricultura son independientes y completamente opuestas. Más bien, lo que encontramos, es un conjunto de interacciones y relaciones entre ambas. Por ejemplo, en lo que se conoce como la «agricultura de contrato», medianos y pequeños productores producen mercancías agrícolas para su comercialización por grandes empresas transnacionales, que controlan la forma en que se produce y concentran las ganancias generadas, pero externalizan los riesgos de la producción (Little y Watts 1994; Echánove y Steffen 2005; Borras Jr. y Franco 2013).

En este sentido, más que de un rechazo absoluto de las comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes a la producción industrial, lo que encontramos son distintos tipos de acomodo complejos, que van desde la resistencia hasta la subsunción (León Araya 2019; Castellanos-Navarrete, Tobar-Tomás y López-Monzón 2019; Alonso-Fradejas 2015, 2021).

Al mismo tiempo, muchas de las alternativas a la agricultura industrial se producen a través de pensar en su contra. Por ejemplo, el académico estadounidense James Scott (2009), siguiendo el trabajo del mexicano del mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán (1967) y del francés Pierre Clastres (1974), ha propuesto que las periferias de las ciudades, entendidas como espacios de dominación y control, tienden a buscar formas de organización social que impiden la concentración de oportunidades y recursos en pocas manos. En un ejemplo más contemporáneo, podemos pensar en cómo el movimiento de la agroecología en América Latina se ha desarrollado, en buena parte, a partir de imaginar una forma de producir, y vivir de la tierra, que sea radicalmente opuesta a la de la Revolución Verde y basada en la recuperación de prácticas ancestrales (Altieri y Nicholls 2012). Así las cosas, es mejor pensar las relaciones entre estos dos tipos de agricultura como una de coproducción, resultante de la disputa entre distintos proyectos territoriales y propia de la lógica contradictoria del modo de producción capitalista.

Disputas por los recursos: La confrontación de distintos proyectos territoriales

Sin lugar a duda, el espacio es un recurso. Los mecanismos de apropiación territorial pasan por la atribución de valores sobre los espacios, sistemas o fragmentos de ellos. La diversidad de los registros de valores (económicos, productivos, vitales, simbólicos, culturales, etc.) provoca dilemas, oposiciones, reacciones y

conflictos, puesto que la disposición, movilización y valorización de los recursos se determina por la definición de intereses colectivos que, evidentemente, pueden ser opuestos los unos con los otros (Estado, corporaciones, usuarios o consumidores, campesinos, intermediarios, etc.). Por un lado, explotar los recursos (tierra, agua, minerales, fuerza de trabajo, elementos socioculturales) tiene por objetivo la acumulación de capital y el fortalecimiento de un modelo de desarrollo inclinado hacia la consolidación de las cadenas de valor de la agroindustria transnacional; generalmente, en un contexto neoliberal, el ordenamiento territorial promovido por las instituciones públicas y las metas de lucro de los organismos privados van de la mano, se impulsan mutuamente y actúan desde una misma concepción del valor atribuido al territorio. Por otro lado, un valor territorial distinto está defendido por individuos, grupos y colectivos más o menos organizados que priorizan el valor de uso del espacio y reivindican otro tipo de organización productiva y social para la explotación de los recursos y la defensa de un territorio en donde los paisajes, la identidad, el acceso cotidiano a recursos esenciales, la conservación del medio ambiente o la distribución justa son valores prioritarios.

Desde una perspectiva del poder del Estado o de la clase hegemónica, el territorio es, básicamente, vinculado a las grandes estructuras político-económicas dominantes. Pero también se manifiesta como movimiento de resistencia que está involucrado en todo tipo de relación social. Existen, por lo tanto, muchas otras formas de reconstruir el poder y el territorio, ya que el poder no siempre es centralizado, sino también difuso en la sociedad (entonces, desigual). Esta concepción compleja del territorio permite concebir la resistencia, ya no como lo contrario del poder, sino como uno de sus componentes fundamentales, en el presente contexto de despersonalización de las relaciones de dominación, de borrosidad en la definición de las cadenas de responsabilidad y, por lo tanto, de emergencia de nuevos espacios de contestación del poder (Nicholls, Miller y Beaumont 2016; Prunier 2021). En este sentido, los grupos subalternizados se territorializan mucho más por apropiación simbólica y vivencial del espacio que por dominación. Al eludir la dimensión multidimensional y multiescalar del territorio, el modelo de desarrollo y de gobernanza hegemónico y centralista busca imponer una forma vertical de tomar decisiones y de hacer uso de los recursos para intereses minoritarios. Por consecuencia, la lógica actual de desarrollo rural «está generando e intensificando las desigualdades sociales, mediante la exclusión y expropiación territorial, el control social de la mayor parte de la población rural, la precarización de las relaciones de trabajo, el desempleo estructu-

ral y la destrucción de territorios campesinos e indígenas» (Mançano Fernandes 2013, 125).

De la conflictividad a la soberanía

Si bien el origen de la noción de soberanía alimentaria es, muy a menudo, atribuido al movimiento social y agrario Vía Campesina (1996) y es presentado en oposición frontal a la noción de seguridad alimentaria de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), es preciso detenerse sobre la emergencia y la evolución de estos modelos.

Es importante aclarar y cuestionarnos sobre la genealogía de ambos conceptos, con el fin de entender mejor los retos que se plantean para la agricultura y la alimentación contemporánea, en términos tanto epistemológicos como políticos y prácticos. La soberanía alimentaria fue, inicialmente, parte del proyecto político del gobierno mexicano a inicios de la década de 1980 y fue apropiada por activistas centroamericanos a finales de esa misma década. El punto de divergencia reside en la atención puesta en las condiciones bajo las cuales se producen y se distribuyen los alimentos: se considera que la meta de la seguridad alimentaria está promovida por los organismos internacionales con base en condiciones de producción que favorecen el deterioro ambiental, la imposición de las corporaciones transnacionales y la explotación laboral, mientras el enfoque en la soberanía tiene como puntos clave la justicia socioeconómica, el mantenimiento de la producción local, la preservación de los recursos naturales y el derecho a la alimentación desde una perspectiva tanto económica como racial, cultural, de clase y de género. Pero, a lo largo de las tres últimas décadas, ambos conceptos parecen caracterizarse por la multiplicidad y la transformación de sus definiciones, al punto de estar mencionadas de manera intercambiable, tanto en el ámbito académico como activista o de las políticas públicas (Edelman 2014). Dentro de los cambios significativos que ha tenido la noción de seguridad alimentaria—hasta coincidir siempre más con la de soberanía alimentaria—, sobresalen dos elementos centrales:

- la idea de derecho y acceso: se trata de un esfuerzo por no solamente prestar atención a la cantidad y la necesidad nutricional, sino también a las condiciones de distribución y consumo, lo que implica una perspectiva cultural y de justicia en el acceso a la alimentación;

- las preguntas «¿Para quién?» y «¿Para qué el territorio?»: si bien se relaciona, muy a menudo, la idea de soberanía alimentaria con la escala del Estado, las reivindicaciones de la diversidad cultural y de la importancia de considerar territorialidades múltiples se impusieron progresivamente, dando menos preponderancia a la nación, y más a los pueblos, las comunidades o los hogares, como entidades soberanas. Además, la cuestión de las fronteras y de la globalización de los sistemas agroalimentarios resulta esencial: localización de la producción y del consumo, interdependencia de la agroexportación y del comercio internacional o viabilidad del «comer local» son tantos puntos de debate que siguen pendientes, hacia la construcción de sociedades más soberanas, seguras o justas (Prunier et al. 2020).

En este dossier temático «Agricultura, alimentación y disputas por los recursos: Tierra, agua, diversidad biocultural y conocimientos agrícolas»,¹ la perspectiva de la soberanía y de la justicia alimentaria nos lleva a reflexionar sobre la relación entre las disputas por los recursos territoriales y la problemática agraria, en contextos muy diversos. También nos conduce a repensar las distintas formas en que la tierra es ensamblada y producida. El paradigma de la cuestión agraria ofrece, en particular, la posibilidad de criticar el sistema capitalista y los modelos de desarrollo rural que este sostiene, a través del análisis de las contradicciones, de los conflictos y de la agravación de las desigualdades en el campo hoy en día. La problemática de las relaciones de poder en torno a los recursos en el sistema agroalimentario global permite visibilizar los mecanismos que ponen en tensión la tierra, el agua, la diversidad biocultural y los conocimientos agrícolas. Nos ofrece también la posibilidad de comprender las lógicas capitalistas del sector, en sus permanencias —necesidad de explotar e invadir territorios de «la economía natural» y de «la economía campesina» para apropiarse de fuerzas productivas (tierra, materias primas y trabajo), apoyándose en desequilibrios y convirtiendo la naturaleza en mercancía (Luxemburgo [1913] 2018)—, pero también en sus reconfiguraciones recientes y capacidades de adaptabilidad en contextos plurales y cambiantes.

Presentación de las contribuciones

Para empezar este número temático, el artículo de Silvia Iveth Moreno Gaytán, titulado «Entre lo comunitario y la escasez: La práctica de la agricultura urbana en la zona oriente del valle de México», propone una reflexión sobre la reconfi-

guración de los espacios periurbanos en cuanto a sus dinámicas de producción agrícola y de consumo de alimentos. La propuesta se enfoca en la escala micro, con tres estudios de caso de la zona metropolitana de la Ciudad de México, para subrayar los procesos comunitarios y el papel de las organizaciones populares en la revitalización socioterritorial de los espacios de vida, producción y consumo, a través de iniciativas de agricultura urbana. La autora muestra que las zonas urbanas y, en particular, las más marginadas y periféricas, deben ser consideradas también como lugares centrales para la transformación de la relación entre sociedad y naturaleza, dado que presentan retos —y a la vez alternativas— para alcanzar mejores niveles de soberanía alimentaria desde el cuidado a la salud, la autogestión, la equidad y la sostenibilidad.

El texto siguiente nos lleva a una región de producción cañera del estado de Morelos, en México. Luis Enrique Parral Quintero describe el modelo de agricultura por contrato y lo califica como «sistema sociotécnico», en el sentido de un dispositivo que articula relaciones entre actores sociales (propietarios de tierras, ingenios, intermediarios, jornaleros) y componentes no humanos (normas, tecnologías e informaciones del dominio agroindustrial). En el artículo «Relaciones complejas en la agroindustria azucarera mexicana y la agricultura por contrato en Cuautla, Morelos», el acento está puesto en los mecanismos de regulación de la agricultura por contrato, entendido como «alianzas y acuerdos» que generan interdependencias y buscan satisfacer las necesidades del mercado global.

Nos trasladamos al sur de Costa Rica para el siguiente artículo, en el que Alonso Ramírez Cover, Tania Rodríguez Echavarría, Laura Henry y Sara Blanco Ramírez nos presentan la reciente evolución de la cadena productiva del cacao. En el texto «Domesticando el territorio: Genealogía de la transferencia tecnológica del cacao en Talamanca, Costa Rica en el siglo xx», seguimos las políticas de promoción de la integración de los territorios y sistemas productivos indígenas en lógicas de productividad y modernidad, y la construcción histórica de una retórica de racionalización de la relación entre explotación de la naturaleza y conservación y disminución de la pobreza. A partir del surgimiento de una enfermedad (la monilia) que devastó la producción tradicional de cacao a inicios de la década de 1980, un dispositivo público-privado se desplegó para empujar la tecnificación y optimización de los suelos y de los recursos naturales. Este proceso se da a través de la modificación genética, del mejoramiento y selección de semillas y de la implementación de técnicas de agroforestería presentadas como sustentables, además de intervenciones activas tanto del Estado como de empresas transnacionales y organizaciones supranacionales. El artículo demuestra

que la experiencia del cacao de Tlamanca se inscribe en una lógica más amplia de promoción de las *comodities* para la exportación como la única opción para aumentar los rendimientos, racionalizar el uso de la tierra y del material genético y, finalmente, insertarse en un modelo de desarrollo acorde a las lógicas de acumulación por despojo propuestas por el capitalismo globalizado.

El cuarto artículo es una reflexión teórica sobre una zona gris que persiste en el entrecruce entre estudios agrarios y estudios de género. Al discutir «El punto ciego de la propiedad: Género, tierra y despojo en América Latina», Diana Ojeda afirma urge comprender la relación entre género y tierra, más allá del tema de la propiedad. Basándose en una amplia revisión de la literatura y en una experiencia de largo plazo en territorios aquejados por los mecanismos de despojo y de violencia alrededor de los monocultivos, la autora propone poner el foco en las prácticas socioespaciales de lo cotidiano, del cuidado y de la reproducción, alrededor de la tierra y de la agricultura. La ecología política feminista le permite abordar el poder y los dispositivos de control de los recursos naturales a través del lente de las relaciones de género. Este texto contribuye a la reflexión general de nuestro número desde una lectura crítica de los propios trabajos académicos que suelen adoptar categorías de análisis patriarcales (el Estado, el título de propiedad, la normatividad) e ignorar la importancia vital de las formas invisibles de trabajo, sociabilidad y comunalidad.

Finalmente, en su contribución «Vulnerabilidades rurales a partir del envejecimiento entre nahuas del sur de Veracruz», Elena Lazos-Chavero y Marcela Jiménez-Moreno ponen las disputas generacionales en el centro del análisis sobre seguridad alimentaria, tierra y futuro de la agrobiodiversidad. Plantean que la falta de acceso a la salud y la estabilidad económica para los adultos mayores tiene impactos decisivos en la gestión de los recursos naturales de esta región de la Sierra Santa Marta, al provocar un desequilibrio entre la fuerza de trabajo y la disponibilidad de tierras. Por un lado, mientras los hombres mayores retienen —confiscan/acaparan— el poder (económico, político y productivo), al no ceder su lugar como ejidatarios, tampoco están en capacidad de mantener la actividad física suficiente para cuidar el medio ambiente local y asegurar la continuidad del cultivo de granos básicos. Por el otro lado, los más jóvenes, en plena edad (re)productiva, ven posponerse siempre su acceso al recurso agrario (es decir, a la tierra para la producción agrícola y al título para el ejercicio de una participación activa en las decisiones del ejido) y se alejan del campo vía la migración, la venta de tierras y la compra de alimentos procesados. Resalta en este texto la importancia de entender las relaciones de poder internas del mundo rural para

evidenciar la gran complejidad de las pugnas por los recursos y sus impactos en la transformación de los sistemas agroalimentarios locales.

Delphine Prunier (Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos)
y Andrés León Araya (Universidad de Costa Rica)

Nota

- ¹ Este número temático surgió a raíz de los planteamientos del Grupo de Trabajo «Tierra, agua, agrobiodiversidad y tecnologías agrícolas» del Congreso Justicia y Soberanía Alimentaria en las Américas (Ciudad de México, octubre de 2019, organizado por UNAM-CEMCA-Fundación Heinrich Böll-Universidad de Lyon).

Présentation

Agriculture, alimentation et disputes territoriales : premières réflexions

Depuis quelques années, différents auteurs et autrices nous encouragent à repenser la terre autrement qu'en termes de ressource ou de propriété. Ainsi, selon la géographe canadienne Tania Murray Li (2014), il faut, pour répondre à la question « qu'est-ce que la terre ? », en passer par une analyse des articulations particulières, dans un contexte donné, entre matière, relations sociales, pratiques et discours, sachant que ces mêmes assemblages évoluent à leur tour au fil du temps et en fonction des conflits et oppositions politiques entre parties prenantes. La terre n'est donc pas en elle-même une ressource, une propriété ou un territoire mais une production sociale. La production alimentaire et les systèmes agro-alimentaires constituent l'un des contextes où ce processus d'assemblage est le plus visible.

La construction de ces systèmes agroalimentaires est historiquement passée par la gestion de la nature (la terre et l'eau, en premier lieu) puis par son exploitation, au gré de l'évolution de la technique, des savoirs, de la maîtrise des ressources, mais aussi des perspectives symboliques et rituelles. Les sciences sociales ont envisagé l'espace en tant qu'élément déterminant et fondateur du rapport de l'Homme à la Nature, passant d'une interprétation déterministe à une approche possibiliste, plus centrée sur le potentiel d'organisation et d'appropriation. Depuis la dernière moitié du xx^e siècle, la notion d'espace revêt toutefois une dimension sociale et politique plus évidente, ce qui explique que la recherche scientifique s'intéresse désormais aux relations de pouvoir, aux systèmes et aux rôles des agents, et propose une lecture des processus de production de l'espace économique et social tenant compte de la configuration de différents territoires.

La notion de territoire permet d'insister sur le caractère non neutre de l'espace géographique quand il s'agit de définir l'appropriation, l'attribution de valeur (d'usage et d'échange) et la représentation. Le territoire est donc le résultat de rapports de force dynamiques entre groupes sociaux présents sur un même espace, de logiques de domination et d'exploitation (des ressources naturelles et de la main-d'œuvre). Le débat épistémologique qui découle de cette approche, notamment dans le domaine de la géographie politique, sociale et culturelle, pose à partir des années 1970 la nécessité d'appréhender tout un ensemble de nouveaux processus – décolonisation, conflits frontaliers, relations de pouvoir (Lefebvre 1974 ; Raffestin [1980] 2013 ; Harvey 1981). S'ensuivra un souci permanent du caractère situé des processus sociaux et du rôle de l'espace dans l'analyse de l'action politique (Cairo 2013 ; Dikeç 2012) qui conduira à un intérêt croissant pour les rapports de force territorialisés : « Le territoire est un espace dont les accès sont contrôlés ; ainsi, dès lors que la circulation (de biens, de personnes ou de capitaux) est contrôlée tant au niveau spatial que matériel, l'espace se transforme en territoire. » (Haesbaert 2013, 18).

Dans l'ordre actuel des choses, les territoires, en tant que propriétés foncières et espaces de gouvernance, sont régis selon des politiques néolibérales de développement et d'aménagement bien plus favorables à l'expansion du capital qu'au partage des ressources. Concernant le secteur agricole, les analyses des sciences sociales et des mouvements sociaux de défense du territoire décrivent souvent un panorama comprenant deux modèles de développement opposés et antagonistes (Mançano Fernandes 2013). D'un côté, l'agrobusiness, le *dumping*, la dérégulation et la dépossession voulus par les multinationales du « régime alimentaire entrepreneurial » (McMichael 2005), modèle associé à la monoculture, à la technologie de pointe, aux intrants chimiques, au travail salarié et à la prédation écologique ; de l'autre, le modèle de développement paysan à petite échelle, basé sur l'autosuffisance alimentaire et la diversité des cultures, et organisé autour du travail familial.

Cette confrontation entraîne une tension entre la tendance à l'homogénéisation découlant de la logique de la marchandise et de l'espace abstrait décrite par Lefebvre, et la tendance à la différenciation résultant d'affrontements entre différents groupes subalternes en vue de produire des formes d'être au monde autres que celles du capital (Smith 2010). Nous avons donc, d'un côté, des paysages de monocultures dessinés par les exploitations agroindustrielles organisées autour du travail salarié et de la marchandisation, et de l'autre, les paysages variés de l'agriculture traditionnelle paysanne et autochtone, basée sur un autre forme

d'organisation du travail et un autre rapport à la nature. Il ne faudrait toutefois pas en déduire que ces deux modèles, à première vue opposés, sont indépendants l'un de l'autre, car ils sont en réalité liés par tout un ensemble de relations et d'interactions. Ainsi, dans le cadre de ce qu'il est convenu d'appeler « agriculture sous contrat », la production des petites et moyennes exploitations est destinée à être distribuée par des multinationales qui imposent les méthodes de production et concentrent le gros des bénéfices, après avoir externalisé le risque (Little et Watts 1994 ; Echánove et Steffen 2005 ; Borrás Jr et Franco 2013). Ainsi, il s'agit moins, de la part des communautés paysannes, autochtones ou afro-descendantes, d'un rejet absolu de la production industrielle que de différents types d'arrangements complexes pouvant aller de la résistance à l'assujettissement, en passant par toutes les étapes intermédiaires (León Araya 2019 ; Castellanos-Navarrete, Tobar-Tomás et López-Monzón 2019 ; Alonso-Fradejas 2015 ; 2021).

Par ailleurs, de nombreuses alternatives surgissent de l'opposition à l'agriculture industrielle. Le chercheur américain James Scott (2009), à la suite des travaux du mexicain Gonzalo Aguirre Beltrán (1967) et du français Pierre Clastres (1974), suggère que les périphéries urbaines, comprises comme espaces de domination et de contrôle, ont tendance à rechercher des formes d'organisation sociale aptes à éviter la concentration, aux mains de quelques-uns, des ressources et des débouchés économiques. Plus récemment, l'agroécologie s'est développée en Amérique latine en bonne partie en opposition radicale au modèle de la Révolution verte, et prône une façon de produire et de vivre de la terre basée sur la remise à jour des pratiques ancestrales (Altieri et Nicholls 2012). Il convient donc de penser les rapports entre ces deux modèles agricoles en termes de coproduction issue d'un affrontement entre différents projets territoriaux, résultant typiquement de la logique contradictoire du mode de production capitaliste.

Lutte pour les ressources : affrontement entre différents projets territoriaux

L'espace étant incontestablement une ressource, les mécanismes d'appropriation territoriale passent par l'attribution d'une valeur à tout ou partie d'un territoire et des systèmes qui l'organisent. Or dès lors que la valeur se situe sur différents registres (valeur économique, productive, vitale, symbolique, culturelle, etc.), il est inévitable que des choix, oppositions, réactions et conflits voient le jour, la disposition, mobilisation et valorisation des ressources étant déterminées en fonction

d'intérêts collectifs contradictoires (État, multinationales, usagers, consommateurs, paysans, intermédiaires, etc.). Pour les uns, l'exploitation des ressources (terre, eau, sous-sol, main-d'œuvre, éléments socioculturels) a pour objet l'accumulation de capital et le renforcement d'un modèle de développement tendant à la consolidation des chaînes de valeur de l'agrobusiness transnational. Or, dans le modèle néolibéral, il est difficile de ne pas voir que les politiques d'aménagement du territoire défendues par les pouvoirs publics servent les objectifs du privé et que les deux secteurs agissent de concert sur la base d'une même conception de la valeur attribuée à un territoire donné. En face, des individus, groupes et collectifs plus ou moins organisés fondent leur approche et leur défense du territoire sur la valeur d'usage et revendiquent une exploitation des ressources reposant sur un autre type d'organisation sociale et productive privilégiant la préservation des paysages et de l'identité, l'accès quotidien aux ressources essentielles, la protection de l'environnement et le partage équitable des richesses.

Du point de vue de l'État ou de la classe hégémonique, le territoire est fondamentalement associé aux grandes structures politico-économiques dominantes. Mais il se manifeste aussi comme un mouvement de résistance qui s'implique dans toutes sortes de relations sociales. Il existe donc bien des formes de reconstruction du pouvoir et du territoire, le pouvoir n'étant pas forcément centralisé mais réparti de manière diffuse (et donc de manière inégalitaire) dans la société. Cette approche complexe du territoire permet d'appréhender la résistance non plus en tant qu'opposition mais en tant que partie intrinsèque du pouvoir, surtout dans le contexte actuel de dépersonnalisation des rapports de domination, de brouillage de la définition des chaînes de responsabilité et, donc d'émergence de nouveaux espaces de contestation (Nicholls, Miller et Beaumont 2016 ; Prunier 2021). En ce sens, les groupes subalternes se territorialisent en fait bien plus par l'appropriation symbolique et expérientielle de l'espace que par l'exercice de la domination. En ignorant les aspects multidimensionnels et multiscalaires du territoire, le modèle de développement et de gouvernance hégémonique et centraliste cherche à imposer une forme descendante de prise de décision et une exploitation des ressources au service d'intérêts minoritaires. Ainsi, la logique actuelle du développement rural « engendre et renforce les inégalités sociales à travers l'exclusion, l'expropriation territoriale, le contrôle social de la majorité de la population rurale, le travail précaire, le chômage structurel et la destruction des territoires paysans et autochtones » (Mançano Fernandes 2013, 125).

Du conflit à la souveraineté

Bien que les notions de souveraineté alimentaire (attribuée au mouvement social et paysan *Via Campesina* - 1996) et de sécurité alimentaire (telle que définie par la FAO) soient généralement opposées l'une à l'autre, il n'est pas inutile d'en rappeler l'origine et l'évolution.

Il est en effet important d'éclaircir et d'explicitier les deux approches afin de mieux appréhender, en termes épistémologiques, politiques et pratiques, les enjeux actuels en matière d'alimentation et d'agriculture. La *souveraineté alimentaire*, inscrite parmi les priorités du gouvernement mexicain au début des années 1980, a été reprise en tant que notion par les militants centraméricains à la fin de cette même décennie, mais non sans une divergence fondamentale concernant les conditions de production et de distribution des produits alimentaires. Tandis que l'objectif de *sécurité alimentaire* des organisations internationales reposait sur des modèles agricoles peu respectueux de l'environnement, sur le rôle incontournable et imposé des multinationales et sur l'exploitation de la main-d'œuvre, les militants de la *souveraineté alimentaire* défendaient un modèle basé sur la justice sociale, le maintien de la production locale, la préservation des ressources naturelles et le droit à l'alimentation, le tout dans une approche économique tenant compte des particularités liées à la race, la culture, la classe sociale et le genre. Cela étant dit, au cours des trente dernières années, les deux notions semblent avoir connu tant d'évolutions et de transformations qu'elles sont devenues apparemment interchangeables aussi bien dans le langage universitaire et militant que dans les textes définissant les politiques publiques (Edelman 2014). Parmi les évolutions significatives de la notion de *sécurité alimentaire* – qui explique qu'elle se confonde de plus en plus avec la *souveraineté alimentaire* – nous retiendrons deux éléments centraux :

- l'idée de droit et d'accès : en plus des besoins alimentaires et des volumes de production à fournir, il faut tenir compte des conditions de distribution et de consommation, et donc envisager l'accès à l'alimentation depuis une perspective culturelle et de justice sociale.
- les questions « pour qui ? » et « pour quel territoire ? » : bien que la souveraineté alimentaire ait été généralement envisagée à l'échelle nationale, les revendications en matière de respect de la diversité des cultures et des territorialités se sont progressivement imposées. Les villages, les communautés ou même les ménages sont désormais considérés comme des entités souveraines. La question des frontières et de la mondialisation des systèmes agroalimentaires est par ailleurs devenue essentielle : la localisa-

tion de la production et de la consommation, l'interdépendance des agro-exportations et du commerce international, la viabilité du « consommer local » sont autant de points du débat en vue de construire des sociétés plus souveraines, plus sûres et plus justes. (Prunier et al. 2020).

Dans le cadre de ce dossier thématique *Agriculture, alimentation et lutte pour les ressources : terre, eau, diversité bio-culturelle et savoirs agricoles*⁴, les questions de souveraineté et de justice alimentaires nous conduiront à repenser, dans des contextes très divers, les liens entre différends territoriaux et problématiques agraires, et à revoir, en parallèle, la façon dont les territoires sont produits et assemblés. La question agraire est également l'occasion de présenter une approche critique du capitalisme et de ses modèles de développement rural, fondée sur l'analyse des contradictions, des conflits et des inégalités toujours plus marquées que l'on constate dans le monde rural d'aujourd'hui. L'étude des rapports de force qui s'exercent pour contrôler les ressources dans le système agroalimentaire mondial permet de mettre en évidence les mécanismes qui mettent la terre, l'eau, la diversité bio-culturelle et les savoirs agricoles sous tension. C'est également l'occasion d'analyser les logiques capitalistes « traditionnelles » et leur permanence, à savoir l'invasion et l'exploitation de territoires dévolus à « l'économie naturelle » et à « l'économie paysanne » et l'appropriation des forces productives (terre, matières premières et main-d'œuvre) via l'exploitation des déséquilibres et la marchandisation de la nature (Luxembourg [1913] 2018), mais aussi les reconfigurations récentes de ces logiques et leur adaptation à des contextes à la fois pluriels et changeants.

Contributions

En ouverture de ce numéro thématique, l'article de Silvia Iveth Moreno Gaytán, intitulé *Entre lo comunitario y la escasez: la práctica de la agricultura urbana en la Zona Oriente del Valle de México* analyse la reconfiguration des espaces périurbains en fonction des dynamiques de production et de consommation alimentaires. L'étude à l'échelle micro présente trois exemples de la zone métropolitaine de Mexico qui mettent en lumière les processus collectifs à l'œuvre et le rôle des organisations populaires dans la revitalisation socio-territoriale des espaces de vie, de production et de consommation à travers des initiatives d'agriculture urbaine. L'autrice montre que les zones urbaines, notamment les banlieues les plus marginalisées, sont centrales dans la transformation du rapport société/nature car tout

en concentrant les problématiques, elles renferment des solutions alternatives basées sur l'autogestion, l'équité et la durabilité s'agissant d'atteindre de meilleurs niveaux en matière de souveraineté alimentaire et de soins de santé.

Le texte suivant nous emmène dans une région productrice de canne à sucre dans l'État de Morelos (Mexique). Luis Enrique Parral Quintero décrit le modèle dit d'agriculture sous contrat qu'il qualifie de « système sociotechnique » articulant les rapports entre acteurs sociaux (propriétaires terriens, sucreries, intermédiaires, ouvriers agricoles) et éléments non-humains (normes, techniques et données agroindustrielles). L'article *Relaciones complejas en la agroindustria azucarera mexicana y la agricultura por contrato en Cuautla, Morelos* met en évidence les mécanismes de régulation de ce type d'agriculture, compris comme un ensemble de « partenariats et contrats » engendrant des interdépendances et ayant pour but de satisfaire la demande mondiale.

Alonso Ramírez Cover, Tania Rodríguez Echavarría, Laura Henry et Sara Blanco Ramírez nous conduisent ensuite dans le sud du Costa Rica pour nous présenter les évolutions récentes dans la chaîne de production du cacao. L'article, intitulé *Domesticando el territorio: genealogía de la transferencia tecnológica del cacao en Talamanca, Costa Rica en el siglo XX*, nous permet de retracer les politiques d'intégration des territoires et des systèmes de production des peuples autochtones au sein des logiques productives de la modernité ainsi que la construction historique d'une rhétorique rationalisant le rapport entre exploitation de la nature, conservation et lutte contre la pauvreté. Au début des années 1980 et suite à la destruction des plantations de cacao par la moniliose, un partenariat public-privé a été mis en place pour soutenir la technification et l'optimisation des sols et des ressources naturelles : sélection et modification génétique des semences, mise en œuvre de techniques agroforestières présentées comme durables, le tout sous l'égide de l'État costaricain, des multinationales et des organisations supranationales. L'article montre que l'expérience de Talamanca s'inscrit dans une logique plus générale selon laquelle les *comodities* destinés à l'exportation sont le seul débouché possible lorsque le but est d'accroître les rendements, de rationaliser l'usage des sols et du matériel génétique, et, enfin, de s'inscrire dans un modèle de développement conforme à la logique d'accumulation fondée sur la dépossession promue par le capitalisme mondialisé.

Le quatrième article est une réflexion théorique sur la zone grise qui persiste à la croisée des études agraires et des études de genre. Dans son débat intitulé *El punto ciego de la propiedad: Género, tierra y despojo en América Latina*, Diana Ojeda affirme qu'il est urgent de comprendre les rapports genre/terre, au-delà de

la question de la propriété. Sur la base d'une recherche exhaustive dans la littérature disponible et d'une expérience de longue durée dans des territoires soumis aux mécanismes de dépossession et de violence propres à la conversion à la monoculture, l'auteur se concentre sur les pratiques socio-spatiales (vie quotidienne, soin, reproduction) entourant la terre et l'agriculture. La perspective de l'écoféminisme politique lui permet d'aborder le pouvoir et les mécanismes de contrôle des ressources naturelles sous l'angle des relations femmes/hommes. Ce texte participe à une réflexion générale sur la problématique posée par ce numéro en proposant une lecture critique de chercheurs ayant adopté des catégories d'analyse patriarcales (État, titre de propriété, normativité) et ignoré le rôle vital des formes invisibles de travail, de sociabilité et de communalité.

Enfin, dans leur contribution *Vulnerabilidades rurales a partir del envejecimiento entre nabuas del sur de Veracruz*, Elena Lazos-Chavero et Marcela Jiménez-Moreno situent les conflits générationnels au centre d'une analyse portant sur la sécurité alimentaire, la gestion des terres et l'avenir de l'agro-biodiversité. Les autrices constatent que le nonaccès aux soins de santé et à la stabilité économique que connaissent les personnes âgées a des répercussions déterminantes sur la gestion des ressources naturelles dans cette région de la Sierra Santa Marta et entraîne un déséquilibre entre la main-d'œuvre et les terres disponibles. En effet, si les hommes âgés conservent – confisquent/accaparent – le pouvoir (économique, politique et productif) puisqu'ils refusent de céder leurs titres d'*ejidatarios*, ils sont physiquement incapables d'assurer la protection de l'environnement et la continuité de la culture céréalière de base. Les jeunes en âge (re)productif voient quant à eux leur accès aux ressources agraires (terres agricoles et titres permettant une participation active aux décisions de l'*ejido*) sans cesse différé, et finissent par s'éloigner physiquement et symboliquement des campagnes (migration, liquidation des terres, consommation de produits transformés). L'article rappelle à quel point il est important de comprendre les relations de pouvoir au sein du monde rural pour appréhender les luttes pour les ressources et leur impact sur la transformation des systèmes agroalimentaires locaux dans toute leur complexité.

Delphine Prunier (Universidad Nacional Autónoma de México /
Centre d'études mexicaines et centraméricaines) y Andrés León Araya
(Universidad de Costa Rica)

Note

- ¹ Ce numéro thématique est issu des travaux du Groupe de travail « Terre, eau, agro-diversité et technologies agricoles » du Congreso Justicia y Soberanía Alimentaria en las Américas (Mexico, octobre 2019, UNAM-CEMCA-Fondation Heinrich Böll-Université de Lyon).

Referencias / Références

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. 1967. *Regiones de refugio: El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizo América*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Alonso-Fradejas, Alberto. 2015. «Anything but a story foretold: Multiple politics of resistance to the agrarian extractivist project in Guatemala». *Journal of Peasant Studies*, 42: 489-515. doi:10.1080/03066150.2015.1013468.
- . 2021. «Life purging agrarian extractivism in Guatemala: Towards a renewable but unlivable future?». En *Agrarian extractivism in Latin America*, editado por Ben M. McKay, Alberto Alonso-Fradejas y Arturo Exquerro-Cañete, 139-64. Nueva York: Routledge.
- Altieri, Miguel Ángel, y Clara Inés Nicholls. 2012. «Agroecología: Única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica». *Agroecología* 7 (2): 65-83.
- Borras Jr., Saturnino M., y Jennifer C. Franco. 2013. «Global land grabbing and political reactions 'from below'». *Third World Quarterly* 34 (9): 1723-47. doi:10.1080/01436597.2013.843845.
- Cairo, Heriberto. 2013. «Espacio y política: Por una teoría política situada». *Dados. Revista de Ciências Sociais* 56 (4): 769-802.
- Castellanos-Navarrete, Antonio, William V. Tobar-Tomás y Carlos E. López-Monzón. 2019. «Development without change: Oil palm labour regimes, development narratives, and disputed moral economies in Mesoamerica». *Journal of Rural Studies*, 71: 169-80. doi:10.1016/j.jrurstud.2018.08.011.
- Clastres, Pierre. 1974. *La société contre l'État*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Dikeç, Mustafa. 2012. «Space as a mode of political thinking». *Geoforum* 43 (4): 669-76. doi:10.1016/j.geoforum.2012.01.008.
- Echánove, Flavia, y Cristina Steffen. 2005. «Agribusiness and farmers in Mexico: The importance of contractual relations». *The Geographical Journal* 171 (2): 166-76. doi:10.1111/j.1475-4959.2005.00157.x.
- Edelman, Marc. 2014. «Food sovereignty: Forgotten genealogies and future regulatory challenges». *The Journal of Peasant Studies* 41 (6): 959-78. doi:10.1080/03066150.2013.876998.
- Haesbaert, Rogério. 2013. «Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad». *Cultura y representaciones sociales* 8 (15): 9-42.
- Harvey, David. 1981. «The spatial fix—Hegel, von Thunen, and Marx». *Antipode* 13 (3): 1-12. doi:10.1111/j.1467-8330.1981.tb00312.x.

- Lefebvre, Henri. 1974. *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- León Araya, Andrés. 2019. «Entre la fuga y la captura: Conflicto agrario, desplazamiento y valor en el Bajo Aguán Honduras». En *Teoría del valor, comunicación y territorio*, editado por Francisco Sierra Caballero, 243-76. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Li, Tania M. 2014. «What is land? Assembling a resource for global investment». *Transactions of the Institute of British Geographers* 39 (4): 589-602. doi:10.1111/tran.12065.
- Little, Peter D., y Michael J. Watts. 1994. *Living under contract: Contract farming and agrarian transformation in Sub-Saharan Africa*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Luxemburgo, Rosa. [1913] 2018. *La acumulación del capital*. S. l.: Edicions Internacionals Sedov. <http://grupgerminal.org/?q=node/450>.
- Mançano Fernandes, Bernardo. 2013. «Territorios: Teoría y disputas por el desarrollo rural». *Novedades en población* 9 (17): 116-33.
- McMichael, Philip. 2005. «Global development and the corporate food regime». En *New directions in the sociology of global development*, editado por Frederick H. Buttel y Philip McMichael: 265-99. Bingley: Emerald Group Publishing Limited. doi:10.1016/S1057-1922(05)11010-5.
- Nicholls, Walter, Byron Miller, y Justin Beaumont, eds. 2016. *Spaces of contention: Spatialities and social movements*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Prunier, Delphine. 2021. «Conflictos territoriales y territorios de los conflictos. ¿Cómo interactúan los movimientos sociales con el espacio?» *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder* 12 (1): 77-98. doi:10.5209/geop.68992.
- Prunier, Delphine, Julie Le Gall, Ayari Genevieve Pasquier Merino y Dulce María Espinosa de la Mora, eds. 2020. *Justicia y soberanía alimentaria en las Américas: Desigualdades, alimentación y agricultura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Secretaría de Desarrollo Institucional / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / École Urbaine de Lyon. Université de Lyon / Fundación Heinrich Böll.
- Raffestin, Claude. (1980) 2013. *Por una geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán / Fideicomiso Felipe Teixidor y Montserrat Alfau de Teixidor.
- Scott, James C. 2009. *The art of not being governed: An anarchist history of upland Southeast Asia*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Smith, Neil. 2010. *Uneven development: Nature, capital, and the production of space*. Atenas y Londres: University of Georgia Press.
- Vía Campesina. 1996. «Declaración de Tlaxcala de la Vía Campesina». Presentada en la Segunda Conferencia Internacional de la Vía Campesina, Tlaxcala, México, 1996. <https://viacampesina.org/es/ii-conferencia-internacional-de-la-via-campesina-tlaxcala-mexique-18-al-21-abril-1996/>.